

# HUMANITAS

ANUARIO DEL CENTRO DE ESTUDIOS HUMANÍSTICOS

3



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

1962

LA EXPERIENCIA IN-SISTENCIAL COMO FUNDAMENTO  
ORIGINARIO DE LA EXPERIENCIA DE LA PERSONA  
Y DE SU ENCUENTRO CON EL SER

DR. ISMAEL QUILES  
Universidad del Salvador  
Buenos Aires, Argentina.

EL PROBLEMA DE LA PERSONA es uno de los que la metafísica contemporánea ha vuelto a reencontrar y al que ha dedicado, puede decirse, particular atención. Dentro de la investigación sobre la esencia originaria del hombre que venimos realizando, y dada nuestra preferencia por la dignidad del hombre como persona, no podíamos menos de estudiar la relación interna entre la persona y la esencia originaria del hombre como in-sistencia.

Hemos estudiado, por así decirlo, separadamente el problema de la persona y la realidad in-sistencial del hombre. El presente trabajo es el primer intento de un cotejo entre el hombre como persona y el hombre como in-sistencia. No intentamos aquí sino un primer esbozo, pero tal vez él pueda mostrar cuál es la relación esencial que nos parece descubrir. El tema es para nosotros de tanta importancia que esperamos dedicarle ulterior atención, en cuanto nos sea posible.

Pero tal vez este adelanto sea de utilidad. Por eso lo ofrecemos ya a la consideración de los estudiosos. En la primera parte volvemos a trazar las líneas generales de nuestra perspectiva in-sistencial del hombre, con relación especial al mismo como persona. En la segunda, trataremos de prolongar nuestra investigación hacia el encuentro con el ser, a través del núcleo esencial de la persona, que es la in-sistencia.<sup>1</sup>

<sup>1</sup> Nuestros trabajos anteriores más importantes de los cuales el presente es continuación, son los siguientes:

- La persona humana* (Fundamentos psicológicos y metafísicos y aplicaciones sociales), 2a. Ed. Espasa Calpe, Argentina, Bs. Aires-México, 1952.
- Más allá del existencialismo* (Filosofía in-sistencial), Ed. Miracle, Barcelona, 1958.

Deseamos mostrar cómo en la experiencia de la realidad más originaria del hombre, que hemos denominado in-sistencia, se halla el fundamento originario de la experiencia del hombre, como persona, y de su encuentro con el ser. Siendo la experiencia in-sistencial el núcleo primero y fundamental de la experiencia característica de la persona, y, a su vez, estando la experiencia de la persona estrechamente unida a la experiencia del ser, resulta la experiencia in-sistencial el punto de convergencia más profundo y originario de la persona y del ser.

#### I. LA IN-SISTENCIA COMO NÚCLEO ORIGINARIO DE LA PERSONA

EN LA HISTORIA DE LA FILOSOFÍA encontramos muy variadas respuestas a la pregunta más urgente y más angustiada de la filosofía, es decir, qué es el hombre. El hombre ha sido considerado como materia, como vida, como conciencia, como razón, como espíritu, como libertad, como existencia. Si atendemos a las definiciones del hombre, que han surgido de las diversas concepciones filosóficas apoyadas en las respuestas que acabamos de señalar, y otras que podrían agregarse, veremos que todas ellas se fundan y se expresan en categorías o conceptos categoriales complejos, que presuponen otros elementos más simples, especialmente las realidades de experiencia en que los conceptos ya elaborados se apoyan. Evidentemente que la definición del hombre como animal racional, o "libre", o "moral", o "político", o "religioso", o "técnico", etc., etc., presupone el *principio de dónde* esos atributos o propiedades se le pueden aplicar al hombre. Es decir, todas ellas se apoyan, en realidad, en una especie de *principio óntico* del cual surgen las definiciones "conceptuales", y ese principio óntico debe ser, de alguna manera, captado y vivido previamente por el filósofo.

Más aún, la misma definición del hombre como persona, nos presenta una realidad compleja, sin contar que el término mismo "persona", está cargado de una estructura conceptual y esquemática, cuya elaboración ha costado siglos y trabajo, que revela fácilmente no ser el concepto integral de persona lo que corresponde a la primera, fundamental y originaria experiencia de la realidad del hombre.

En una palabra, hemos recibido la impresión, a través de nuestras reflexiones sobre el problema, de que la compleja experiencia que tenemos del hombre y que tratamos de esquematizar a través de una serie de conceptos y defini-

—Tres lecciones de metafísica in-sistencial, Ed. Balmes, Barcelona, 1961.

—Das Wesen des Menschen, "Scholastick" (Frankfurt am Main), junio 1961.

ciones, más o menos complejos, se funda en una experiencia más íntima y más simple, reveladora de la esencia más originaria y primera del hombre, la cual se nos presenta como el punto de apoyo de todas las demás realidades que experimentamos en el hombre mismo. Nos preguntamos, pues, no ya por la esencia del hombre, ni por su definición, tal como en general se la concibe, sino por aquel principio primero, aquel constitutivo óntico más simple del hombre que, al parecer, se halla en la base de toda la realidad humana. Algo así como los presocráticos, después de haber contemplado la diversidad de los entes mundanos, se preguntaban por el principio originario de todos ellos, es decir, por el principio simplemente, *arché*. Podríamos también hablar, si no pareciera una expresión rebuscada, por la *esencia de la esencia del hombre*, y, consiguientemente, por la esencia de la esencia de la persona.

Ahora bien, este primer principio, originario y fundamental, este núcleo central o "qué" nuclear del hombre, lo vemos nosotros a través de una experiencia, la cual, a nuestro parecer, es la base de todas las experiencias humanas, y la hemos llamado, experiencia "in-sistencial", porque a través de ella se nos revela la realidad primera del hombre con una manera de ser propia, que no hemos sabido designar mejor que con el término "insistencia".

Buscando este último fundamento de la realidad del hombre, después de haber analizado sus últimas estructuras ónticas en su más elevada y característica expresión, la "persona", hemos recogido la tradición, casi diríamos unánime, de la filosofía, al señalar como característica del hombre, la interioridad. La realidad fundamental del hombre no la vamos a encontrar "hacia fuera", sino "hacia dentro" del hombre: precisamente cuanto más se recoge hacia sí, hacia su interior, tanto más se conoce y se encuentra a sí mismo, tanto más es uno mismo, y simplemente "uno". Y bien sabemos que la característica esencial de la persona se reduce a la *unidad*: unidad en el ser, unidad en el conocer, y unidad en el obrar; porque decir unidad es significar autonomía; autonomía en el ser, autonomía en el conocer y autonomía en el obrar. Ahora bien, esta unidad máxima y esta autonomía máxima consisten y se revelan precisamente en el regreso del hombre hacia sí mismo, en esta autoposesión de sí mismo, cumplida en el acto de máxima interiorización y recogimiento sobre sí.

Esta propiedad específica y característica del hombre por la cual, en cuanto persona, se distingue de todos los demás seres mundanos, y se distingue en su raíz misma del ser, este interiorizarse en sí mismo o ser interior a sí mismo, o *estar-en-sí*, (*in-se-esse* o *in-se-sistere*), es lo que hemos denominado "insistencia", dando al verbo latino *in-sistere* el acento de interioridad que le corresponde, según el significado primitivo etimológico. Por esta peculiaridad del hombre él es, por así decirlo, "sí-mismo-en-sí-mismo". Y si la analizamos todavía más

detenidamente veremos que ella tiene un doble aspecto: de presencia y de ser; presencia de sí a sí, y ser de sí en sí: este doble aspecto nos revela la doble faz de la "insistencia" como realidad del hombre: in-sistencia es presencia, experiencia y verdad; pero al mismo tiempo in-sistencia es ser, realidad, onticidad propia del hombre, antecedente a todo modo de presencia, patencia y verdad. La patencia, la verdad y la presencia nos revelan el ser del hombre que podemos denominar "ser-de-sí-en-sí".

Esta realidad, a la cual acabamos de apuntar y que hemos designado con el término "in-sistencia", es, a nuestro parecer, el momento más simple, originario y primitivo, del ser del hombre, en el cual están contenidos y apoyados todos los demás momentos y manifestaciones de su realidad. Si analizamos la estructura de la persona, veremos que se reduce en último término a esta primera y simplicísima expresión del ser del hombre, ya que en ella aparecen las características de unidad perfecta y de autonomía perfecta, del "ser-en-sí", que expresa la esencia óptica de la persona. Por eso creemos que esta realidad in-sistencial, es el principio primero o *arché* de toda la realidad del hombre y de la persona en particular.

Podríamos señalar ahora cómo esta simple y originaria realidad in-sistencial se halla presupuesta en todas las demás definiciones o descripciones y en todos los demás atributos del hombre. Si el hombre es vida, conciencia, razón y espíritu, si el hombre es un ser libre, moral, político y religioso, si el hombre es un ser capaz de técnica y de conducta, todo ello se funda en que es in-sistencia, es decir, en que tiene esa realidad óptica simplicísima que es capaz de recogerse toda en sí misma, con una vuelta completa (*reditio completa*) como dirían los neo-platónicos. Por eso ella es, a nuestro parecer, la estructura primaria, y hemos tratado, en otra oportunidad, de mostrar cómo en ella se fundan todas las demás, como en el principio en que se apoyan y de donde se explican.

Tratemos solamente de comparar una de las propiedades que más fácilmente se prestan a confundirla con la insistencia o interioridad propiamente tal: la conciencia. Conciencia es, sin duda, interioridad; viene de *cum-scientia*, un conocimiento tal que siempre lleva anexo, juntamente (*cum*) el conocimiento del sujeto que conoce, el conocimiento de sí mismo, el autoconocimiento. Pero la conciencia, en cuanto tal, es una relación al saber, y al conocer, y lo que aquí buscamos es el *ser* del hombre, no un saber sino un *ser*, y este *ser* lo hallamos en la interioridad, en esta vuelta sobre sí mismo que, por ser tan perfecta, resulta un saber. A nuestro parecer, la vuelta ontológica es la que da lugar al saber; la transparencia óptica es la que da lugar a la conciencia. Por eso colocamos la in-sistencia en un plano óptico, anterior a la conciencia misma. Si conciencia es saber-se, in-sistencia es ser-se, ser sí mismo, ser en

sí mismo y aquí más todavía en la conciencia, y en un estadio previo a la conciencia misma, es donde hallaremos la raíz primera y total de la persona. Porque este ser-se o in-sistencia es, precisamente, la máxima unidad del ser consigo mismo y la máxima autonomía del ser en sí mismo, que es a la vez origen de la autonomía en el conocer (conciencia) y de la autonomía en el obrar (libertad).

Resumiendo nuestro sondeo sobre la surgente esencial de la persona, podemos decir que la in-sistencia se nos presenta como la *arché* o principio primero del sí en sí mismo, es una experiencia primera y originaria presupuesta para todas las demás experiencias; más aún, podemos denominarla una experiencia trascendental y *universal* en el sentido de que esta experiencia se halla no sólo en la base, sino también en la realidad y expresión de todas las demás experiencias, presente en todas ellas. El yo en su sentido más originario, no hace otra cosa que reflejar esta experiencia primitiva del hombre, y el yo se halla presente en todo conocimiento y en toda acción específicamente humana, o de la persona. Toda otra experiencia la presupone y la incluye copresente y fundante; de modo que podemos, con toda realidad, afirmar que se trata de una experiencia fundante y copresente de todas las demás experiencias personales.

El núcleo originario de la persona es, pues, la in-sistencia; y la revelación originaria de la persona es la experiencia in-sistencial.

Tenemos así que la in-sistencia es:

a) *La primera experiencia* o el primer conocimiento del hombre, base de todas las demás experiencias y conocimientos;

b) *La primera realidad del hombre*, o la primera realidad óptica en que se apoya todo el hombre;

c) finalmente, la in-sistencia es también *el origen y el fundamento de la experiencia metafísica del hombre*, es decir, que ella constituye el encuentro de la persona con el ser o la apertura de la persona al ser. La declaración de este último punto constituirá la segunda parte de nuestra comunicación.

## II. LA IN-SISTENCIA COMO EXPERIENCIA DEL SER A TRAVÉS DE LA PERSONA

LA IN-SISTENCIA, como ser y como experiencia corresponde respectivamente a la realidad y la experiencia originaria del hombre, precisamente en su núcleo más fundamental de "persona". Pero, si la in-sistencia como interioridad, como vuelta sobre sí mismo, es, ante todo, personal, es decir, constitutiva de la per-

sona, ello significa que, por esencia, es *individual, concreta, incomunicable*. Toda in-sistencia es persona y no hay in-sistencia o experiencia "in-sistencial" sin experiencia "personal". En consecuencia la in-sistencia es, ante todo, experiencia individual; porque es individual el sujeto y el objeto de la experiencia. La persona es lo más individuo, pero, al fin, un individuo concreto, es decir, un *ente*. Por supuesto se trata de un ente privilegiado, porque puede volverse totalmente sobre sí mismo y afirmarse en sí mismo, in-sistir, cosa que no todos los entes pueden realizar.

Pero la insistencia nos muestra al ente de una manera "especial"; no al ente como quiera, sino al ente insertado en un "orden óntico", orden que trasciende y desborda al ente concreto. Y porque lo hallamos insertado en ese orden óntico o real decimos que el *ente es*. Del ente afirmamos, por la experiencia in-sistencial, que *es* una realidad. La comprobación de esta afirmación nos resulta tan inmediata y tan firme, tan ineludible, precisamente porque la in-sistencia es "presencia" de sí a sí, es "patencia" de sí a sí y "verdad" de sí a sí; por lo mismo, al "afirmar" que *el ente es*, no hacemos apenas sino trasponer en un eco la realidad inmediata "experimentada".

Pero en esta expresión interior de nuestra experiencia por la que afirmamos "el ente es", nos hallamos en contacto con la realidad *en cuanto tal*. Decir "el ente es", es lo mismo que decir, "el ente es ser", es real, está en lo real. Y aquí entramos a descubrir un elemento que estaba ya patente desde el principio en nuestra misma experiencia in-sistencial, en la que afirmábamos el ente es. Porque en esta misma afirmación y en la experiencia que le corresponde y en la realidad captada en esta experiencia, se halla un elemento que desborda la realidad propia de nuestro ente. Porque al decir "el ente es", o "el ente es real", lo sumergimos en un elemento en cierta manera experimentado por el ente mismo, pero que *desborda* al ente y lo *sustenta* y lo *funda*. Ahora bien el ser, en cuanto ser, no es otra cosa que ese elemento desbordante y a la vez sustentante y fundante del ente. El ser no es el ente, la realidad no es el ente, sino que está más allá del ente. Más bien el ente es "la" realidad y está en "la" realidad. Esta observación o análisis de nuestra experiencia nos muestra en ella dos elementos: lo estrictamente subjetivo, concreto e individual, y lo trascendente y desbordante que es precisamente la realidad, el ser. De esta manera, en la experiencia personal más íntima, es decir en la experiencia in-sistencial, hallamos la diferencia entre el ente y el ser, diferencia que puede denominarse la *diferencia ontológica*, o la *diferencia metafísica*. Porque por ella descubrimos y afirmamos algo más que el ente puro, al descubrir y afirmar también el ser que trasciende el ente.

Y en esta trascendencia hallamos así mismo el sentido del ente. Porque por hallarse fundado el ente en el ser, todo el sentido del ente depende del sentido

del ser mismo, pero en todo caso del ente en cuanto vinculado al ser, lo hallamos también en la experiencia personal in-sistencial. Será objeto de una dilucidación ulterior el sentido del ser en cuanto tal, del ser en cuanto ser, lo que decidirá en última instancia el sentido del ente. Nosotros no podemos ahora detenernos en esta ulterior dilucidación, y remitimos a los lectores a otros trabajos nuestros.

Deseamos solamente aclarar aquí este aspecto del contacto con el ser en cuanto ser, realizado en la experiencia in-sistencial propia del hombre como persona. Si atendemos a esta experiencia, veremos que en ella se cumplen dos estadios, que la integran unitariamente, inseparables entre sí.

El descubrimiento de esta diferencia ontológica o distinción entre el ser y el ente nos hace al ser patente a nosotros. Ante la experiencia insistencial se halla presente el ser. Esta experiencia ontológica es más bien pasiva que activa, la sufrimos en su primero e inevitable choque y no la podemos evitar. Todo hombre, toda persona, por su experiencia in-sistencial recibe el choque del ser, como un acto de presencia del mismo y no una presencia pasiva, sino penetrante y activa. Es el choque metafísico, percibido necesariamente en la experiencia in-sistencial. Por este choque o impacto del ser en el seno de la in-sistencia, el hombre es, por esencia, un ente metafísico, tiene la pasión metafísica y no puede dejar de hacer metafísica.

Más aún, en este choque o experiencia encontramos el origen primero y el fundamento primero de la metafísica como tal, es decir, como "saber del ser". Por lo mismo, creemos que el hombre, al hacer metafísica, lo hace sobre un fundamento real, el de la experiencia del ser. Todo el trabajo de la filosofía deberá concentrarse en la dilucidación de esta experiencia originaria de la metafísica, pero no puede ni negarla, ni desnaturalizarla, sin contradecirse a sí mismo, sin ir contra una experiencia inmediata y presente y, por tanto, siempre renovada y siempre volviendo a plantear el interrogante de la metafísica, aun cuando sea negada.

Ante esta experiencia o choque, más bien pasivo, que tiende a provocar y que de hecho provoca en nosotros la pregunta por el ser (pregunta que no haríamos si no tuviéramos ya en alguna manera presente el ser por el que preguntamos), ante esta experiencia o choque del ser corresponde la "respuesta" que la persona dará al ser.

Esta "respuesta" no es otra cosa que la segunda etapa de la experiencia in-sistencial, es decir, la "afirmación ontológica": *el ser es*. Porque, ante el choque o presencia del ser que se nos hace patente y nos dirige la pregunta metafísica, la in-sistencia, o el ente privilegiado que es la persona, debe responder "reconociendo" esa realidad presente o patente del ser en el ente y dando lugar a la "afirmación ontológica". Esta afirmación ontológica es el

primer principio de la metafísica, no sólo porque contiene en germen toda la metafísica, sino porque es el que primero formulamos, no en forma explícita, sino en forma vivida ante el ser.

A la "experiencia ontológica" corresponde la "afirmación ontológica". Y una y otra no son más que dos aspectos de la "experiencia total de la persona" o "in-sistencia", en la cual descubrimos el núcleo de la persona, y del ser.

De esta manera, la experiencia in-sistencial es no sólo fundamento originario de la persona, sino que en ella y por ella llegamos al encuentro con el ser.

Se nos dirá, tal vez, que hemos estrechado excesivamente el campo de la experiencia in-sistencial hacia la interioridad del hombre y que corremos el peligro de un extremo subjetivismo. Pero, ni la in-sistencia auténtica, ni la persona, pueden ser encerradas en la subjetividad pura. Para ello bastará que tengamos presente que la experiencia in-sistencial, punto de partida de toda otra experiencia y saber, no se realiza nunca aislada de otras experiencias, de los entes mundanos y de las otras personas, sino que precisamente se cumple en función de ese otro conjunto de experiencias que versan sobre entes trascendentes. No es posible la vuelta del hombre sobre sí mismo, la patencia de sí a sí, que nos revela el ser de sí en sí, sino en conexión, o-posición, contraposición e influjo mutuo de otras in-sistencias y de otros entes mundanales. Sólo frente a esa "alteridad" es posible reconocer la "mismidad" que permite la presencia de sí a sí. In-sistencia se opone por su ser y su experiencia a "lo otro", a lo "ex-sistente". Se opone a ello y lo supone. No se constituye sino frente a lo otro, ni se experimenta en sí sino frente a lo otro. Por eso la afirmación in-sistencial está precisamente afirmando a la vez la trascendencia de los otros entes, sin la cual trascendencia no sería posible la propia in-sistencia.

Y como en relación con la persona hemos visto que la in-sistencia es la primera experiencia y la primera realidad del hombre, primera por ser originaria y por estar incluida y copresente en todas las demás experiencias del hombre, la in-sistencia es la apertura *originaria* al ser y también la apertura *trascendental y universal*, porque en todas las demás experiencias y afirmaciones metafísicas se halla presente esta experiencia original o apertura originaria del ser en el hombre.

Tratemos ahora de indicar cómo esta apertura al ser por la persona y precisamente en ese núcleo in-sistencial, es la *primera* y la *más originaria*. Efectivamente, la trascendencia del ser es reconocida en múltiples experiencias de cuya legitimidad no podemos dudar. La filosofía moderna, y especialmente la contemporánea, se han ocupado de buscar las vías posibles de la trascendencia. Así se han señalado, entre otras, la libertad, que tan inmediata relación tiene con la persona; la existencia, íntimamente ligada a la libertad; la experiencia moral ha sido también señalada como la vía auténtica del encuentro

con el ser; el dinamismo de la inteligencia ha dado lugar a fecundos análisis para mostrar cómo se abre el camino a la trascendencia a través de la inteligencia y la idea; la filosofía escolástica tradicional ha tenido también su propia vía hacia la trascendencia, predominantemente en un proceso abstractivo. Por nuestra parte creemos que en realidad es múltiple el camino de acceso al ser, y que todas estas vías tienen una legitimidad fundamental. Pero creemos que *todas ellas* se apoyan en una superestructura o en un presupuesto básico, en una especie de cabeza de puente, que es lo que hemos denominado esta primera, simple y originaria experiencia del núcleo de la persona, en la cual se realiza también la apertura a la diferencia ontológica, y, por tanto, la afirmación ontológica. Si analizamos cualquiera de estas vías de acceso al ser, la libertad o la inteligencia, la existencia o la moralidad, la abstracción o la experiencia religiosa, veremos que en todas ellas está presupuesto ontológicamente y gnoseológicamente esta experiencia originaria y primera del núcleo central de la persona, que hemos denominado in-sistencial. En todas ellas se halla presente la presencia de sí a sí mismo y el ser de sí a sí mismo, y sólo en virtud de esa presencia aquéllas adquieren su fundamento. Lo que sucede es que estas vías no son sino diversos "modos" de actuar la realidad in-sistencial, porque la presencia de sí a sí y el ser de sí en sí se hacen patentes tanto en la conciencia moral, como en la experiencia de la libertad; tanto en el dinamismo de la inteligencia como en el de la experiencia religiosa, tanto en la abstracción como en la existencia. Por eso nos hallamos, como hemos indicado anteriormente, ante la *apertura trascendental* al ser, en cuanto que se halla en todos los otros modos concretos de comunicación con el ser. Si no fuera porque el término es demasiado gastado diríamos que la in-sistencia, como núcleo óntico de la persona y su experiencia, son la condición *a priori* implícita y presente de todo encuentro con el ser.

Dos observaciones finales. La primera es que de ser esto así la experiencia in-sistencial sería el fundamento de la metafísica, y, por tanto, de la problemática filosófica en general. El núcleo originario del yo se halla en relación íntima con todos los otros problemas de la metafísica. A través de la dilucidación de la in-sistencia podrían también iluminarse el problema del cosmos, el problema del prójimo, el del Absoluto, el de la historia, como esencia del hombre. Los fundamentos de la gnoseología coinciden, en este punto, con los fundamentos de la metafísica y corren paralelos apoyados en la misma experiencia originaria in-sistencial.

En segundo lugar, observemos que hemos descubierto una especie de ordenamiento ontológico entre la in-sistencia y el ser. La experiencia in-sistencial es el núcleo de la persona, y, merced a este carácter "personal", ha sido posible el encuentro con el ser. In-sistencia es persona y persona es experiencia y

autonomía ontológica o del ser. Pero, en realidad, este es el proceso por así decirlo inverso; el proceso directo es otro. No es el ser la culminación de la persona y de la insistencia, sino al revés, la in-sistencia y la persona son la culminación del ser. El ser en cuanto tal tiende a realizarse y a culminar en la persona o en la in-sistencia, donde adquiere la máxima unidad concreta, que parece ser la meta del ser.

Finalmente, quedaría una interrogante que ahora sólo proponemos y del que en otra oportunidad nos hemos ocupado, pero que, tratándose de las relaciones entre la persona y el ser, no podemos dejar, al menos, de constatarlo. Hemos descubierto el ser a través de la persona, en la experiencia in-sistencial. Pero ¿estamos aquí ante una persona que se encuentra con el ser impersonal, o más bien se trata de un encuentro entre persona y persona? Este ser, en cuanto ser que se nos presenta en la experiencia in-sistencial, ¿carece del atributo de la personalidad? En tal caso ¿cómo sería posible la actividad más característica de la persona frente al ser que es el "diálogo"? Porque si el ser que la persona descubre no participa en alguna manera de la personalidad, y por ende no es un "tú", ¿cómo la persona puede pasar a su acto característico que es el "diálogo" o la "comunicación" con otra persona? Nosotros creemos que la experiencia metafísica nos descubre al ser en cuanto ser en una doble función o aspecto: el ser en cuanto ser concreto como fundamento constitutivo de los entes, y el ser en cuanto ser subsistente en cuanto que es origen y fundamento (pero no constitutivo formal) del ser en cuanto ser concreto y de los entes. Este descubrimiento del ser como persona, nos muestra la vinculación suprema entre la persona y el ser y confirma que la máxima realización del ser se halla en la persona. El ser en su grado supremo de perfección ontológica es persona; y cuando esa perfección ontológica adquiere un carácter Absoluto y omnímodo es la Persona Absoluta. Hasta tal punto se hallan íntimamente enlazados la persona y el ser, y hasta tal punto, para el hombre, el núcleo de relaciones entre la persona y el ser se halla en su experiencia originaria, es decir, la experiencia in-sistencial.

## SOBRE EL CAOS, EL COMIENZO DEL MUNDO Y EL INICIO DEL FILOSOFAR

JUAN DAVID GARCÍA BACCA  
Universidad Central de Venezuela.

"La verdad es que el Caos... no existe más que en nuestra cabeza. Allí lo hemos hecho nosotros —bien trabajosamente— por nuestro afán immoderado, propio de viejos dómynes —¿qué otra cosa somos?— de ordenar antes de traducir".

ANTONIO MACHADO.

HACE BUEN TIEMPO, hace mal tiempo, hace calor, hace frío... *Lo primerísimo que hizo en el mundo fue Caos.* Pantón men prótista Xaos géneto... Tal es el parte metereológico de Hesíodo. *Hizo Caos*, allá al comienzo de los comienzos del mundo. Mas la frase griega *panton prótista* pudiera decirnos tanto que Caos es lo primario de lo primario como lo primero de lo primero. De lo primario se llega a lo secundario o derivado, por decadencia; de lo primero se pasa a lo segundo, a lo tercero...; y se crece, como en la sucesión numérica, hacia lo infinito. De lo primero hay que salir cuanto antes; de lo primario, lo más tarde y lo menos posible. Parece que, para Hesíodo, el Caos fue lo primero de lo primero, lo primerísimo de que había que partir lo antes posible, para llegar, *autar épeita*, inmediatamente después, a la Tierra, *sede de todos, la siempre segura, la de anchas espaldas*.

El Génesis no discrepa gran cosa del informe cosmogónico de Hesíodo. Claro que, si traducimos el versículo primero por *In principio creavit Deus coelum et terram*, las diferencias resaltan tanto tanto que deslumbran, y no dejan percibir las semejanzas. De *Hizo Caos* a *Dios creó Cielos y Tierra* hay mucha más distancia que entre *Hacia tiempo lluvioso* y *Un avión del Ministerio de Agricultura y Cría bombardeó las nubes con...*, y la gravedad terres-